

Francisco Ayala

Recuerdos y olvidos
(1906-2006)



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2006
Tercera edición: 2020

Texto revisado por la Fundación Francisco Ayala
Fotografía de p. 16: © Fundación Alberto Schommer, VEGAP, Madrid, 2020
Fotografía de p. 8 cedida por cortesía de la Fundación F. A.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Imágenes: Fundación Francisco Ayala (blanco y negro) y © Enrique Cidoncha (color)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



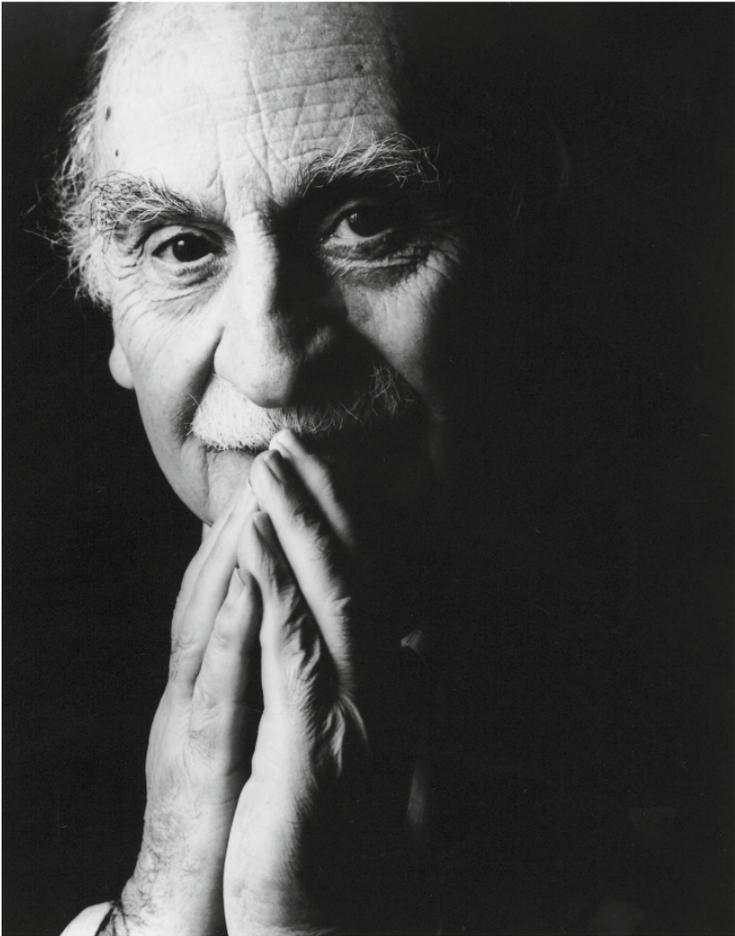
© Elizabeth Carolyn Richmond de Ayala, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-905-9
Depósito legal: M-5.020-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo a la edición de 1988
17 Prólogo a la edición de 2006
21 1. Del paraíso al destierro
305 2. El exilio
549 3. Retornos
635 4. De vuelta en casa
- 829 La Biblioteca Francisco Ayala de Alianza Editorial:
Un universo literario, por Carolyn Richmond
- 837 Índice onomástico



Retrato, realizado por Jacques Lowe, al que alude Francisco Ayala en el prólogo a la edición de 1988 de *Recuerdos y olvidos*.

Prólogo a la edición de 1988

Puesto a preparar esta nueva edición de *Recuerdos y olvidos* en solo un volumen y con algunas adiciones, se me ocurre reflexionar de nuevo acerca de la índole del género a que pertenecen las memorias, donde el contenido quiere ser de rigurosa verdad (por más que siempre resulte oportuna la pregunta del escéptico Pilatos), pero cuya forma procura elaborar esa verdad literariamente, es decir, confeccionarla de una manera creativa que algo añade, que algo modifica. Y reflexionando, dudo si no será en último extremo tan grande la distancia que hay entre la inevitable elaboración de la experiencia vivida cuando uno quiere ser fidedigno, atenerse a los hechos de manera estricta, y la libre elaboración de experiencia tal cuando la usa como cantera de materiales para construir una obra imaginaria que los proyecta, transustanciados en ficción poética.

Más de una vez he repetido que la biografía de un escritor consiste en sus escritos, y me refería al decirlo, no

solo a aquellos que tienen que ver con la realidad inmediata donde él se encuentra inmerso, a sus artículos o ensayos –digamos– dedicados a opinar sobre cuestiones del día o a discurrir acerca del mundo alrededor suyo, pongo por caso –y el caso puede ser tanto el mío como el de cualquiera otro–, sino también a sus poemas, a los escritos donde vierte su recóndita intimidad o despliega sus más fantásticos ensueños. Este mismo libro que el lector tiene entre sus manos y que refiere –fidedignamente, repito– sucesos varios de mi pasado remoto, le permite rastrear ahí a quien tuviere curiosidad bastante para ello el origen real de algún que otro episodio en mis obras de imaginación. Pero no es eso todo; es que, en un sentido más hondo y más extenso, menos ostensible, cuanto uno escribe está reflejando lo que uno es, entrega su retrato esencial que, conforme se acerca, inexorable, la hora de la muerte, llegará a hacerse definitivo.

Ese retrato esencial que sus escritos transparentan, dibujado en filigrana, corresponde –claro está– a un ser humano concreto cuya apariencia física envuelve y tal vez disimula aquella intimidad, aquella imagen oculta que, sin embargo, pueden detectar los ojos sagaces a través de dicha apariencia. ¡Con cuánto interés no escrutamos la fisonomía de los clásicos en los grabados de sus libros o en cuadros de algún museo! ¡Cuánto no quisiéramos poder ver el retrato perdido que Cervantes nos dice le hizo «el famoso don Juan de Jáuregui»! Pero hemos de conformarnos –y no es poco– con la descripción que de sí mismo nos dejó en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, para remitir ese autorretrato literario al retrato moral que se desprende de sus textos. Para los moder-

nos, tenemos fotografías, quizá registros mecánicos de sus movimientos, de su voz... En cuanto a este veterano hombre de letras que soy yo, llegado a una edad en que ya ronda muy de cerca la hora que haga definitivo mi retrato esencial, en esta postrera fase de mi vida cuando tal inminencia aprieta el corazón de quienes me quieren y están a mi lado, cuando la pequeña notoriedad de un escritor atrae hacia él la atención de otras gentes, y cuando el arte de la fotografía se ha difundido, popularizado y facilitado tanto, las imágenes de mi vejez abundan en exceso, para contraste con la escasez de las que hubieran podido dar testimonio de mi juventud.

Entre estos numerosos retratos últimos, hay uno cuyas circunstancias quisiera reseñar aquí. Y estas fueron sus circunstancias. En el otoño de 1985 me había comprometido con la New York University, de la que fuera yo profesor muchos años antes, a dictar en la primavera del siguiente un curso que inaugurase la cátedra allí recién fundada bajo la advocación del rey de España. Hechos ya los preparativos necesarios y llegado el invierno, a mediados de diciembre me puse enfermo, y tan enfermo que llegué a considerar muy en serio la probabilidad de que el año en que debía cumplir ochenta fuese también —redondeando bonitamente la cifra— el postrero de mis pasos en la tierra. No fue así como temía, escribiendo estoy a finales del 87. Entonces, superada la fase más grave de la infección que me tenía postrado, y ya a la vuelta de las navidades, cuando mis fuerzas eran flacas y mi ánimo estaba por los suelos, cierto día recibo desde París en mi desolada casa madrileña la llamada telefónica de un fotógrafo profesional a quien —según el hombre me expli-

có- le había dado encargo la universidad neoyorquina de sacarme un buen retrato para que sirviese a los fines de su propaganda con vistas a mi anunciado curso de primavera.

De poco y nada sirvió que le advirtiera del estado en que me hallaba. Desganadamente hube de resignarme al fin a recibirlo, tras haberle hecho saber que, si venía a pesar de todo, si insistía en venir, me encontraría en condiciones lastimosas; que su modelo sería impresentable o –digámoslo así– irretratable. Insistió, acudió en efecto el día señalado, y yo me presté con desmayo a una fatigosa, prolongadísima serie de tomas, cuyo resultado final sería la foto que, más tarde, publicó la revista de la Universidad como ornamento gráfico de un escrito mío y de la información acerca del curso que estaba desarrollando ya en la primavera siguiente.

De momento, apenas si presté atención a la tal fotografía: le eché una mirada, sin fijarme mucho. Era una más –y excelente desde luego– entre tantas otras mías que vienen apareciendo en los periódicos. Pero cuando volví de nuevo a los Estados Unidos en la primavera siguiente he encontrado que, en su flamante casa, tenía Carolyn una ampliación enmarcada; y allí, ahora, con mayor sosiego y a buena distancia del momento y circunstancias en que fue tomada, me he encarado con la imagen mía de aquel triste diciembre. Ha sido como mirarme en un espejo retrospectivo; un espejo terrible.

La foto –ponderan, y yo lo reconozco– es en efecto una obra espléndida. Está hablando; lo dice todo. Es implacable, es atroz. A ella asoma un hombre caduco que, desde el abismo de una vejez irremediable, mira al mun-

do con desengañada clarividencia, y ya no espera nada, no desea nada, no quiere nada. Es la imagen de una desolación definitiva.

Pero la vida tiene –como enseña el tango– «más vueltas que una calesita», y al verme hoy en ese cruel espejo de un ayer tan próximo me pregunto: ¿era acaso de veras irremediable aquella caducidad, y acaso era definitiva aquella desolación?

No hay duda de que mi capacidad de recuperación ha de ser grande, mucho mayor de lo que yo mismo me hubiera permitido esperar, pues en efecto pude hacer ese curso universitario con gusto y gana, y después, ahora, sigo trabajando otra vez como de costumbre. Si queda un testimonio gráfico de mi hundimiento en aquella sima, también lo hay de mi posterior rescate. En el tiempo intermedio ha querido Carolina encargarle a nuestro amigo Ricardo Zamorano, que tan buen dibujante es, que me hiciera un retrato a lápiz para tenerlo en su casa de Madrid, y ahí está colgado el cuadro. Es trabajo excelente, como de tal artista; y en cuanto imagen, presenta –en manera que evoca los grabados del Siglo de Oro– la de un hombre muy maduro, serio, severo, sí, desde luego; pero con una gravedad complaciente y comprensiva, entre irónica y dulce; la imagen de alguien que no se deja engañar con ilusiones, aunque tampoco está dispuesto a dejarse derrotar.

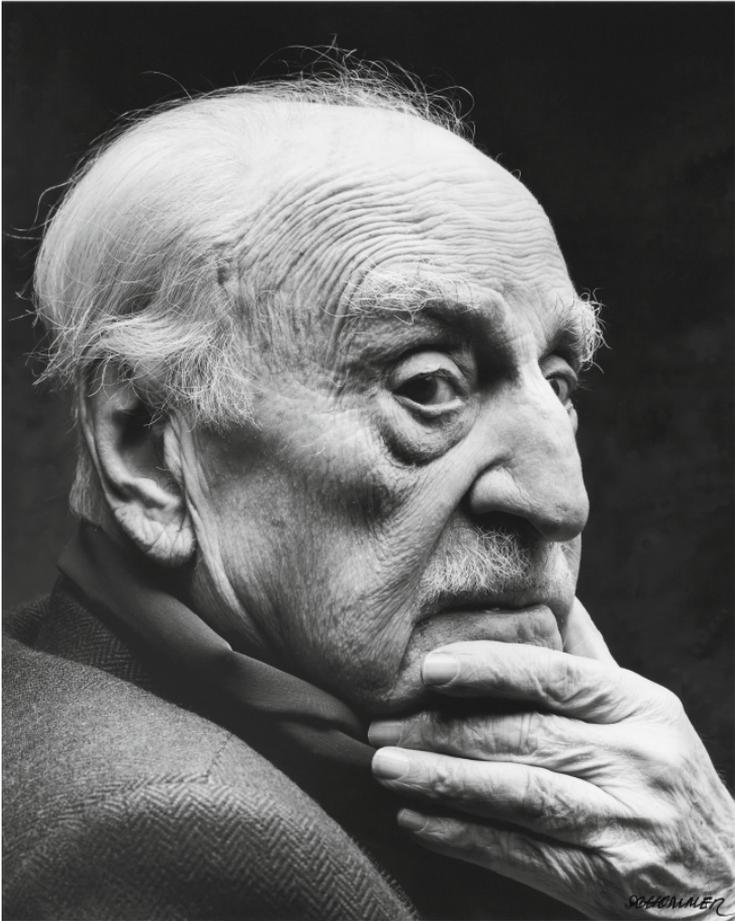
¡Basta ya de retratos! Mi aversión de toda la vida a posar ante la cámara fotográfica o en el taller del pintor es –sospecho– solo una manifestación específica de lo que sería un rasgo indeleble de mi carácter: mi aversión a toda «pose». La «pose» es mera exageración de algo que

en sí mismo resulta natural y hasta ineludible: el deseo de fijar la propia figura frente a la mirada ajena en actitud que resulte airosa y confiera prestigio. El *poseur* lleva al extremo del amaneramiento esta que es ineludible necesidad común impuesta por el comercio del mundo: la de adoptar una máscara social, confeccionarse una personalidad, inventarse un personaje, que tiene efecto tranquilizador para los demás en cuanto que les permite saber a qué atenerse en el trato recíproco, sentir que lo conocen y pensar que se lo tienen en el bolsillo. Esa máscara supone también un descanso –descanso mortal, si se quiere– para quien la lleva, y desde luego le reporta además beneficios incalculables de orden práctico a cambio de la libertad que le cercena, como lo muestra en su dimensión grotesca el caso de los consabidos figurones. Por lo contrario, quien falta al deber convencional de desempeñar discretamente un papel social definido, respondiendo así a las expectativas de la gente, le causa al prójimo una especie de inquietud, de desasosiego, por lo que deberá pagar su precio.

Pero cada uno es como es, sin remedio. Yo, por mí he sido de aquellos que borran –y bien sé que en mi propio daño– los contornos de su figura social, quizá para sentirme en perpetua disponibilidad de espíritu frente al futuro, para evitar en lo posible la fatal fosilización del ser. Algo hay en mí que se resiste a cualquier propósito de detener y capturar el momento huidizo, una especie de repugnancia hacia el intento, por lo demás tan vano, de coagular el curso del tiempo, solidificándolo. Ni conservo cartas, ni guardo documentos, ni me empeño en acumular los libros que sé no he de volver a leer, ni me afano

en poseer los objetos que me agradan, ni colecciono recuerdos de ninguna clase. Este mismo libro de memorias se ofrece al lector más vacío de olvidos que lleno de recuerdos: los que contiene han ido surgiendo actualizados en la plasticidad de la evocación, antes que no reconstruidos con notarial fidelidad.

Madrid, invierno 1987/1988



Retrato de Francisco Ayala, obra de Alberto Schommer, que servía de portada a la edición de *Recuerdos y olvidos* (1906-2006).

Prólogo a la edición de 2006

Nunca pensé que, al borde de cumplir los cien años de mi vida, iba a tener la oportunidad, ni tampoco los ánimos, para redactar un prólogo a una nueva edición de este libro que reúne los *Recuerdos y olvidos* de quien ha consagrado todos sus esfuerzos a la tarea literaria, poniendo en ella las capacidades, mayores o menores, con que la naturaleza pudo dotarle. Como todos mis escritos, este libro ha respondido a los impulsos que durante las etapas de tan larga existencia fueron inspirándole las circunstancias del momento, siempre diversas, azarosas y algunas veces angustiosamente comprometidas. Varias de mis obras publicadas nacieron de un propósito meditado, de un proyecto calculado y medido, y dentro de unas pautas más o menos convencionales. Otras, de impulsos eventuales provocados por acontecimientos de la hora, que me obligaban a tomar una actitud pública en consideración a mi responsabilidad

social. La presente obra respondió desde el comienzo, y de un modo espontáneo, al deseo de expresar, casi sin tener en cuenta ninguna otra cosa, mi relación con el mundo en torno. Los cambios de este mundo, y los que ellos fueron imponiéndoseme en momentos diversos, habían de producir en mi conciencia reflejos –pudiera decir más bien actitudes– correspondientes a mi personal identidad, pero moldeadas en alguna medida por los embates de los tiempos y, en su conjunto, por las alternativas del curso histórico. Dicha alteración de la personalidad del escritor ha aconsejado cambiar, para esta edición, en la cubierta del volumen el retrato del autor. El que ahora lleva, obra muy reciente del fotógrafo Alberto Schommer, es el mismo que preside la biblioteca que en el recién inaugurado Instituto Cervantes de Estocolmo lleva mi nombre. Es una imagen sobria, cuya sobriedad misma parece crear una sugestión de algo definitivo.

Quisiera advertir que no debiera extrañarle al lector si encuentra en las nuevas páginas de este volumen donde se agregan memorias mías un cierto desorden, que bien pudiera reprochárseme acaso como falta de composición, o aun de consistencia mental, ya que no he evitado a veces volver sobre un tema, sobre una personalidad, sobre un acontecimiento, o incluso sobre un juicio mío que deseara acaso rectificar o matizar; y si ello constituye defectos, perdónese en aras a la espontaneidad determinada por las alternativas a que el sujeto viviente está sometido frente a las mutaciones de la realidad. Han pasado muchos años, quizá demasiados, desde que se publicó la edición anterior, durante cuyo tiempo he sufrido ex-

perencias diversas y, en ciertas épocas, crueles. Creo que la más importante pudo haberlo sido el cambio de actitud que la edad impone a una altura determinada, cuando ya deja uno de mirar al futuro como perspectiva personalmente abierta para sentirlo como una especie de muralla contra la que rebota la entidad que en cuanto individuo humano ha podido ser. Para algunos, y en cierta medida para mí mismo, ello conduce a rememoraciones hasta la saciedad repetidas, y que en mi caso particular cobran a veces un sentido siniestro de abismático vacío, portador sin embargo de una sensación de serena y muy intensa felicidad, facilitada o propiciada por las circunstancias peculiares que han venido a rodear estas horas postreras de mi presencia sobre la tierra. En efecto, bien puedo valorar como excepcional privilegio el de haber llegado a esta edad conservando unas condiciones físicas y mentales razonablemente aceptables y, sobre todo, hallarme asistido por el amor de una esposa capaz de aceptar con buen ánimo los sacrificios que impone situación como la presente.

Al releer ahora lo que hasta aquí he venido escribiendo, me doy cuenta de que no solo he aportado ya con esto al volumen original de *Recuerdos y olvidos* una considerable cantidad de materiales nuevos, es decir, de inédita experiencia viva, sino que también se le ha sumado ahí por parte mía –lo cual es más importante, creo– cierta disposición espiritual nueva: la que sin duda corresponde a este postrer período de mi existencia, cuando me es dada la posibilidad de volverme sobre ella para verla como cumplida y ya clausurada, alejándose, arrasada por el curso de la historia que va hundiéndose en

el ayer, frente a un futuro imprevisible y por completo para mí prohibido.

Quiero terminar advirtiendo que para la presente edición he eliminado los apéndices que figuraban en la anterior, por considerarlos de un interés exclusivamente temporal y que, de cualquier modo, podrá consultar esos textos quien así lo desee en la futura edición de mis *Obras completas* que se está preparando.

Francisco Ayala
Madrid, invierno de 2006

1. Del paraíso al destierro

Introducción

Hace algún tiempo ya que Rosario Hiriart, tras de haber trabajado con muy buen éxito en el estudio de mis obras narrativas, está empeñada en escribir mi biografía. Se afana por recoger datos, ha sacado fotografías de mis santos lugares, de las casas donde viví en España, de parajes que he recorrido, y va reuniendo cuanta cosa cree que puede ilustrar mis pasos en la tierra. Yo he procurado frenar su entusiasmo, pero ahora, en estos días, vuelve a la carga e insiste en su proyecto: que voy a cumplir los setenta y cinco años, y esa ha de ser una buena oportunidad para publicar el libro que de sus investigaciones resulte. Le sugiero por mi parte que aguarde un poco más, y así podrá trazar por fin una biografía completa, pues mientras uno alienta, no cabe establecer todavía el perfil definitivo de su vida; y además, el episodio de la

muerte ofrecerá de nuevo excelente ocasión y aún mejores auspicios para la publicación deseada.

Se lo digo así, medio en broma; pero no es broma, no. Mal se imagina Rosario cuán temeraria empresa es acometer la biografía de alguien, sea quien fuere. Pero cuando ese alguien es, no un caudillo político o militar, sino un hombre que, por mucho que las circunstancias de su tiempo hayan podido zarandearlo, se ha dedicado al ejercicio de las letras, y esto en manera retirada, secreta casi, entonces el relato de los hechos externos cuya peripecia jalona la sucesión de sus días tiene que parecer insípido, insignificante y desprovisto de interés público. La biografía de un escritor son sus escritos mismos. En ellos se encierra el sentido de su existencia; y si la noticia de tales o cuales pormenores anecdóticos sirve para algo, será acaso para ayudar a interpretarlos.

Claro que el problema de toda biografía radica precisamente en esto: en la conexión entre los hechos externos, objetivamente comprobables, y el sentido íntimo de la vida individual, que aun para el propio sujeto que la vive está muy lejos de ser transparente (antes al contrario, suele aparecérselo envuelto en angustiosas ambigüedades y dar lugar a perplejidades muy turbadoras). Recuerdo que Moreno Villa tituló la suya *Vida en claro*, y como título, no hay duda acerca de su acierto; pero, ¿puede estar en claro la vida de nadie, ni siquiera ante los ojos del poeta que, apelando a la memoria, se pone a evocar su pasado? Por lo pronto, la memoria configura siempre ese pasado en modo selectivo, descartando (es decir, olvidando) muchas cosas que pueden ser significativas y que, por serlo —justamente porque lo son, aunque tal vez de una manera dolorosa—, quedan arrumbadas en sus últimos desvanes, mien-

tras que con tenacidad se aferra a otras, significativas también, por supuesto, a las que, en cambio, confiere un valor positivo, y las ilumina, y las destaca con énfasis. Esto, sin embargo, quizá no sea tan malo, ni deba lamentarse como mera falsificación. Puede valer como un esfuerzo cumplido desde instancias subconscientes por conferir a las experiencias pretéritas una estructura acorde con el sentido profundo de la vida personal; y si la operación se cumple en las oficinas más recónditas de la conciencia, habrá que concederle el beneficio de un presunto esencial acierto. Más grave es el elemento de deliberada –o, al menos, consentida– deformación que en alguna medida se introduce al manejar los datos proporcionados por experiencias tales. Y parece que esa deformación es inevitable. El retrato de mano ajena puede ser un lienzo halagüeño, cortesano; o puede ser la instantánea de un fotógrafo avieso, la caricatura de un dibujante que trabaja con cruel estilete; pero, por otro lado, el pintor que ante el espejo se obstina en copiar sin complacencia la imagen que tiene delante, jamás dejará de tener delante, enfrentándolo, una mirada alerta, la mirada con que se ve a sí mismo y quiere ser visto por los demás, cualesquiera sean los detalles del cuadro; pues estos detalles se organizan y funcionan alrededor de aquella mirada. ¿Llamaremos deformación a esto? Tal vez, sí. El cuadro se pinta para ser ofrecido en espectáculo, y el propio pintor forma parte del público a quien esa versión de sí mismo se ofrece.

Cuando aparecieron los volúmenes de escritos míos cuya colección quiso el editor acompañar de algunas fotos con momentos de mi vida y personas de mi familia, cierta mujer a la que en otro tiempo me había unido